

Juguetes

Su pecho subía y bajaba con violencia y cada bocanada de aire le provocaba una punzada en el pecho, por lo que se escondió rápidamente detrás de una esquina y sujetó la pistola con fuerza contra él mientras intentaba recobrar el aliento.

De fondo oía los disparos de los tanques junto a los del bando enemigo, los cuales los estaban persiguiendo a él y sus amigos.

Su corazón palpitaba fuertemente contra su pecho y sentía una corriente de adrenalina en toda su espina dorsal. Estaba seguro de que moriría en unos minutos, ya que estaba exhausto y en territorio hostil, y los otros soldados no tardarían en cazarlo.

Estaba asustado y sus manos temblaban, lo que le dificultaba apuntar con la pistola pese a estar escondido y esperando a algún enemigo. Además, el ambiente poco a poco empezaba a oler a pólvora, y a los minutos, él vio su fin cuando un soldado extranjero le apareció por la derecha apuntándole con su arma a la cabeza.

No dudó en salir corriendo, por lo que el rival salió disparado en su dirección.

Soltó la pistola para escapar más velozmente, pero, a causa de su nerviosismo, cayó en picado contra el asfalto.

Definitivamente iba a morir en ese instante, por lo que cerró los ojos y aguantó su respiración expectante ante un disparo.

De pronto un ruido estridente llamó la atención del niño que jugaba solo en su cuarto, por lo que al instante dejó la figura roja de un soldado que tenía en su mano al lado de otra verde que había tirada en el suelo para mirar a su madre, la cual acababa de abrir la puerta de su habitación.

—Es hora de comer, cielo —murmuró la mujer sonriente—. Deja las figuritas a un lado y ve a lavarte las manos para comer.

El niño se puso en pie, tirando en el acto dos tanques de juguete que había a su izquierda, y salió del dormitorio antes de que su madre cerrase la puerta.